

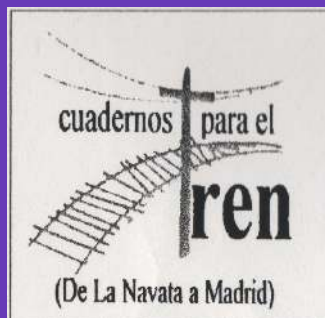
**C
U
A
D
E
R
N
O
S**

para
el

**T
R
E
N**



Edita: Tertulia literaria Antonio Machado



Sumario

Textos

Presentación, pag. 4

El clavo (Party Soles), pag. 6

Hacia el viento (Venancio Díaz), pag. 12

El insolidario (JARomán), pag. 14

Mismidad (Venancio Díaz), pag. 18

La vieja estación (1ª parte),(Mustio Collado), pag. 20

Todo era sospechoso de derrota (JARomán), pag. 25

Sombras chinescas (Julia Guzmán), pag.28

Se vende (L. Alfonso Cruz), pag. 31

Fuentegrande, Verano 19 (Victor Galán), pag. 36

Imágenes

Nacho López, (fotografías), pag. 3, 30, 37

Pedro Gálvez, pag. 6, 8, 11, 16, 19, 23, 24, 27

JARomán, pag. 1, 5, 10, 13, 15, 17, 21, 26, 27, 32, 35



Presentación

En Cuadernos para el tren, en este tercer número de de su nueva época en formato digital, hemos incluido poesía y narrativa. Poemas como los que nos ofrece Venancio Díaz y JARomán , relatos como los escritos por Julia Guzmán, JARomán Alfonso Cruz y Mustio Collado, del que hemos publicado sólo la mitad reservando el resto para el próximo número y una reflexión, con cierto toque poético, de Víctor Galán. Hemos de hacer mención especial al relato El clavo, una experiencia grupal muy interesante que aparece con el pseudónimo de Party Soles.

Como es habitual, en esta revista también hemos dado mucha importancia a las imágenes con las que podemos disfrutar de una verdadera exposición: los trabajos digitales de Pedro Gálvez y JARomán y las fotografías de Nacho López.

Esperamos que disfrutéis tanto de su lectura como de su contemplación visual.

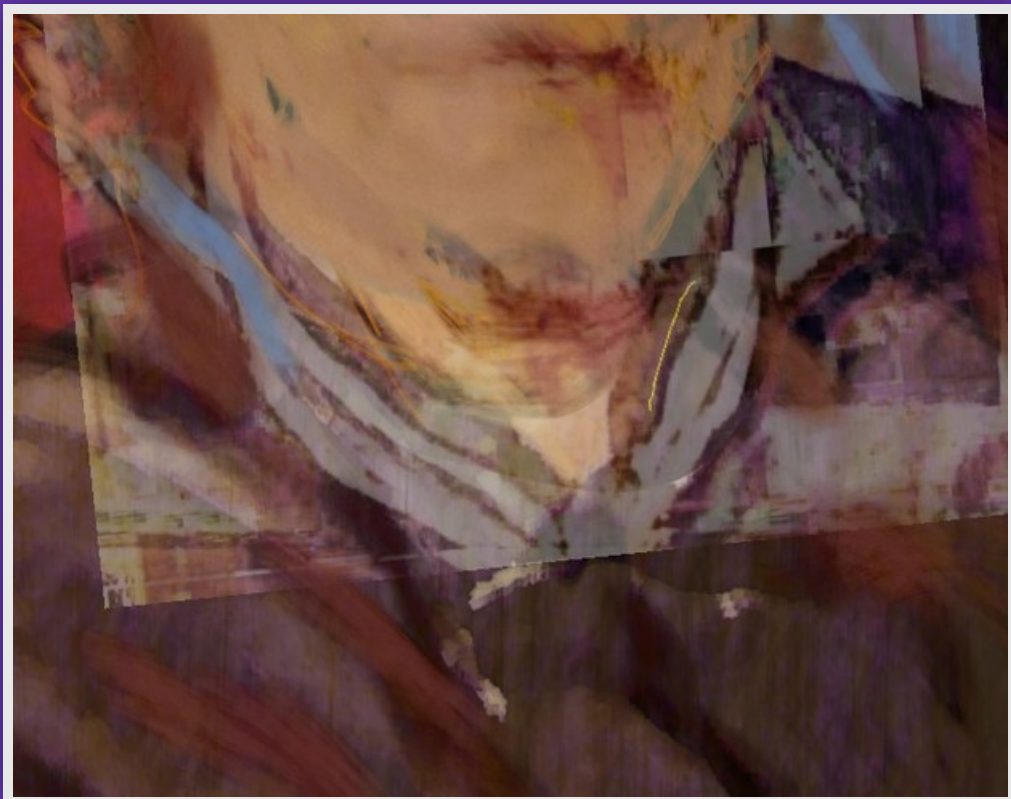


El clavo

Cuando se despertó sobresaltado a las 3 de la madrugada, ella dormía plácida en su rincón, encogida. Encendió la luz y la miró, sintió con fuerza que todavía la amaba, a pesar de que ya no se reconocían.

Los 12 meses de cuarentena que habían tenido que pasar separados, les había convertido en auténticos desconocidos. Mario se quedó atrapado en su taller de carpintería en mitad del bosque y Carlota, que le había rogado que volviera el viernes, sola con el niño en un piso de 30 metros cuadrados.

Su mirada paso por encima de su rostro y se quedó fija en un clavo, un clavo del que goteaba sangre que empapaba la esquina del edredón. Un escalofrío le recorrió el cuello.



No pasaba a creerlo, era el mismo clavo que había formado parte de sus pesadillas, se acercó tembloroso pasando su mano por detrás de la cabeza de Carlota, sintió que un líquido templado se escurría entre sus dedos. De repente, un grito desgarrador le hizo saltar hacia atrás, no comprendía nada, cómo había podido pasar. El clavo se encontraba en la nuca de Carlota.

Era imposible, no lo entendía, en la casa sólo estaban los tres, él no se lo había clavado, y el lugar en dónde estaba alojado era imposible que lo hubiera hecho ella.

El niño empezó a llorar amargamente al ver que su madre no se movía y que poco a poco se iba cubriendo de sangre.

Sonó el timbre en la puerta.

- quién carallo puede ser a estas horas? - Dijo entrecortadamente.

Trató de no hacer ruido a ver si con suerte la persona que estaba llamando se iba. Le tapó la boca al niño y este se acurrucó sollozando en silencio en el regazo de su padre mientras miraban atónitos la escena. El timbre volvió a sonar. Y el niño volvió a llorar sonoramente.

Ahora al ruido del timbre le acompañaban ruidosos golpes.

- un vaso es un vaso y un plato es un plato! - espetó desde el otro lado la voz que ahora le empezaba a resultar extrañamente conocida.

Mario se dirigió de puntillas a la puerta, pegó la oreja para escuchar lo que decía la voz del otro lado..."hay que fabricar máquinas que nos permitan seguir fabricando máquinas, porque lo que no va a hacer nunca la máquina es fabricar máquinas".

Los golpes cesaron, se armó de valor y en un arranque de valentía abrió la puerta de par en par.

Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que al otro lado se encontraba nada más y nada menos que Mariano Rajoy. Pero mirándolo atentamente, mientras balbuceaba, se dio cuenta de que algo no funcionaba bien, algo raro había en.....

Algo raro había en su mirada, le conocía por las repetidas veces que había estado en su pueblo, pero éste hombre, no era quién él decía.



Mario, le preguntó qué es lo que quería y si le podía ayudar en algo. A la vez, Mario pensaba en Carlota, que estaba en la habitación inmóvil y sangrando.

Sin entender nada de lo que estaba ocurriendo, y deseando que la persona que tenía delante se fuera. Éste empezó a hacerle una serie de preguntas inteligentes, que Mario no tenía respuestas para ellas, cada vez más convencido que el hombre que tenía delante no era Mariano Rajoy.....

Y entonces se asomó por la pequeña ventana del dormitorio que da a la pared de la casa contigua, un pequeño callejón que apenas permite que pase la luz.

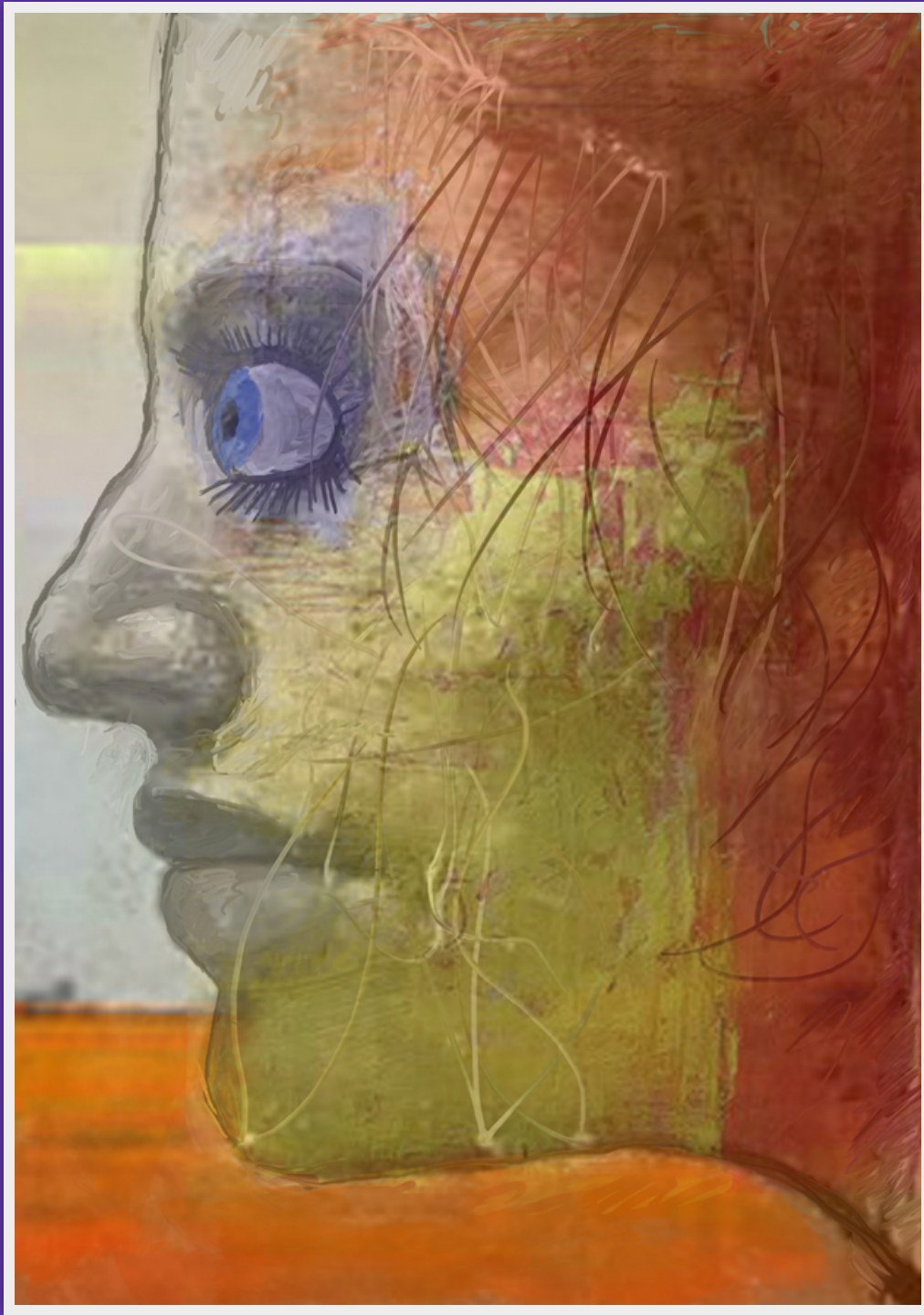
Entre la penumbra divisó el final de la calle, y vio salir a todos los fantasmas que formaban parte de esta aventura, todos se desvanecían entre las sombras, no existía Rajoy, no había ningún clavo asesino, ni siquiera el comienzo de la historia era tal, todo empezaba cuando se acababa la música, lo único que continuaba era esa música que siempre nos acompaña y de la que nunca nadie debe desprenderse ni olvidar, solamente debemos sentarnos y disfrutarde esos acordes que poco a poco, con el paso del tiempo y casi sin darnos cuenta, nuestro oído musical dejará de percibir; al igual que se va endureciendo y adquiere esa extraña sordera que parece querer seleccionar todo aquello que no nos gustaría llegar a escuchar nunca.

Y si no, que se lo pregunten a ese tal Mariano Rajoy quien tembloroso y con voz entrecortada -hasta el punto de resultar irreconocible para Mario- golpeaba insistente la puerta de la casa para pedir refugio al verse sorprendido por una de éstas patrullas policiales que, en cuarentena, vigilaban que nadie, sin causa justificada, incumpliera el confinamiento.

“¡¡¡Viva el vino!!! ... Es el alcalde el que quiere que sean los vecinos... Los españoles muy españoles y mucho españoles... “

No lo pudo evitar. Esas grandes frases pasaron rápidamente por la mente de Mario mientras le miraba fijamente e intentaba sonreír.

Sin saber muy bien que hacer le invitó a pasar, ya le conocía aunque solo habían intercambiado esas manidas frases de cortesía entre vecinos. Parecía muy agitado, quizá normal después de una



de sus largas caminatas habituales y Mario le condujo por el pasillo evitando siquiera mirar la puerta de la maldita habitación.

Primero fue un pensamiento tan rápido que no pudo atraparlo. Después una extraña tensión en el cuerpo, una sorda impaciencia, una desazón espiritual. Y cuando aquel pensamiento empezó a tomar forma fue tan rotundo que sintió que se tambaleaba y que todo empezaba a girar a su alrededor...

...PIPIPIPIIIII...PIPIPIPIIIII... hostia!!! Ya son las ocho de la noche!!! Me he vuelto a dormir...lo siento tengo que salir al balcón a aplaudir... Mario, de reojo miró el otro lado de la cama... y el clavo seguía ahí.

Party Soles





El insolidario

El coche patrulla se detuvo con un frenazo brusco muy cerca del bordillo. Uno de los policías había visto a un individuo pasando por el parque. No podía consentir que un insolidario se saltara las órdenes de confinamiento. "El que no lo haga por la buenas lo va a tener que hacer por las malas mientras que dependa de mí" se dijo como si necesitara confirmárselo..

A paso vivo la pareja de policías se dirigió a un extremo del parque por donde aquel impresentable caminaba sin prisa. Era una zona algo escondida y poco transitada habitualmente pero las órdenes eran claras: había que permanecer en casa para evitar más contagios. Les parecía mentira que aún hubiese personas tan poco solidarias y con tan poca conciencia.

Según se fueron acercando al individuo su consideración hacia él empeoraba: ropas algo sucias y desgastadas, cabello enredado que pedía a gritos agua y jabón, barba de muchos días, etc. En pocas palabras aquel tipo inspiraba poca confianza.

Cuando lo alcanzaron se interpusieron en su camino obligándole a detenerse y con mucha educación, tras un cortés buenos días, le informaron que debía estar confinado en su casa como la gran mayoría de la población que estaba siendo muy responsable, diciéndole indirectamente que él era un irresponsable.

El tipo les miró con cara de no entender nada para terminar diciendo con mucha calma y en voz algo baja que iba precisamente a su casa para comer algo que había obtenido durante la mañana.

A uno de los policías no pareció gustarle la respuesta, "encima de insolidario e irresponsable también era un listillo"; la casa más próxima estaba bastante lejos.

- Ya, pues parece que está bastante lejos de su casa - dijo echando mano a la libreta de sanciones.



- No, agente, vivo ahí mismo tras esos matorrales en una pequeña choza que me hice hace ya bastantes años, allá al fondo- dijo el hombre.

El policía titubeó, aquel tipo, por las pintas podía estar diciendo la verdad pues podría pasar por un mendigo, pero ellos habían patrullado mucho por aquella zona y nunca le habían visto. En cualquier caso su obligación era denunciarle.

- Dígame su nombre e identifíquese con su dni, por favor - terminó diciendo el policía mientras tomaba el bolígrafo dispuesto a rellenar el formulario.

El hombre le contestó en un tono muy educado:

- Hace años fui Vicente Recio, era ejecutivo de una gran empresa. En la última crisis perdí el empleo, al poco tiempo la casa y finalmente a mi mujer y a mis hijos. Me quedé en la calle, sin que nadie me empleara y he tenido que sobrevivir malamente. Me hice un pequeño refugio en esta zona apartada del parque. En muchos años he sido invisible, nadie ha reparado en mí ni ha tenido la intención de ofrecerme ayuda. En muchas ocasiones deseaba que la policía me detuviera para poder dormir bajo techo y comer algo caliente -

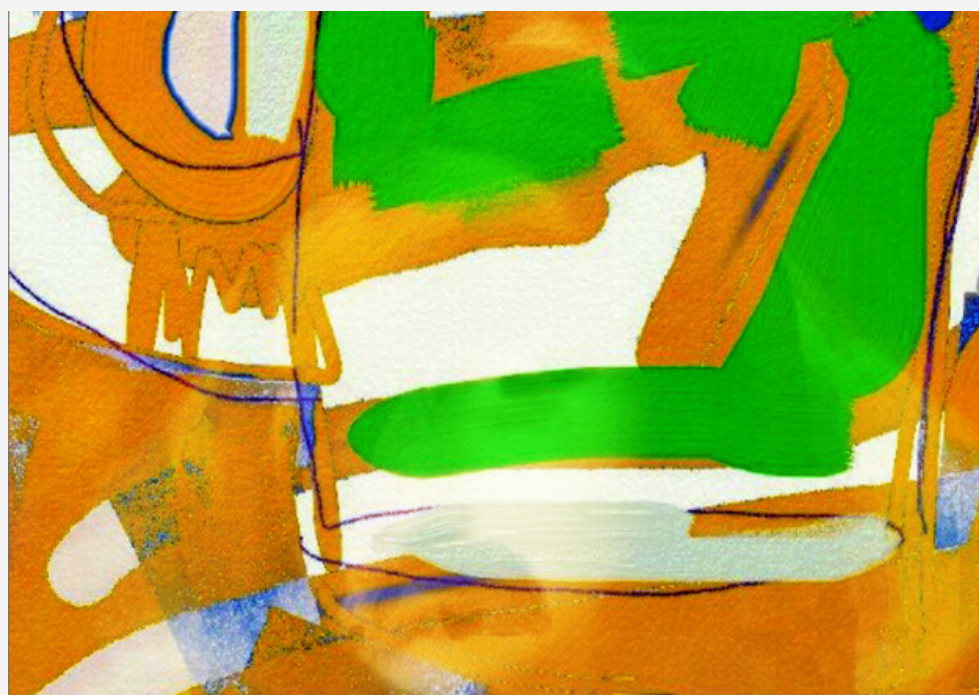
Se estableció un denso silencio entre los tres tras esas palabras. Los policías parecían desconcertados. El que un día se llamó Vicente, tras un largo suspiro, continuó iniciando al mismo tiempo una cínica sonrisa:

- Gracias a Vds. he dejado de ser invisible - .

JARomán







La vieja estación

Nevaba. El taxista murmuraba entre dientes imprecaciones ininteligibles. Yo miraba, impaciente, el reloj.

Al llegar a la estación, los carteles luminosos anunciaban retrasos en todas las salidas previstas para esa noche.

La vieja estación mostraba un evidente estado de abandono. Debía haberse cerrado hacía años, pero la crisis había retrasado la construcción de una nueva, evitando así su demolición. Sin embargo, nadie parecía preocuparse por su mantenimiento.

La atmósfera vagamente melancólica que envuelve siempre a las estaciones de tren, y que la desaparición de las locomotoras de vapor apenas ha conseguido atenuar, se acentuaba en la vieja Estación Central hasta producir una sensación casi lúgubre.

Una docena de personas deambulaban por ella con aire extraviado. Miraban sin cesar los carteles, que no variaban su impreciso mensaje: "retrasado"; echaban a andar con sus maletas de un lado a otro o se sentaban con desgana en alguno de los destartados bancos.

Entré en la cantina. Una vieja camarera, con la cara empastada de maquillaje, atendía la barra. Pedí un güisqui con hielo. Me disponía a sentarme a una mesa; al volverme, con el vaso en la mano, me tropecé con ella. El contenido del vaso cayó sobre su gabardina gris. Nos pedimos perdón mutuamente. Ella sonrió, sacó un pañuelo de su bolso y se secó con cuidado.

- "Lo siento –repetió-. ¿Puedo invitarle a una copa?".

- "Invito yo, ¿qué quieres tomar?".

- "Lo mismo que usted".

Pedí dos güisquis y fuimos a sentarnos.



Viajábamos en direcciones contrarias: ella a G., a dar una conferencia, yo a B. a hacerme -sin la menor esperanza- las enésimas pruebas sobre mi enfermedad. Si me había decidido a emprender el viaje era sólo porque me resultaba menos fastidioso que permanecer en mi ciudad, contestando las preguntas de la familia y los conocidos sobre mi estado de salud.

Naturalmente, no dije nada de esto a la muchacha de la gabardina gris; le conté que iba a hacer unas gestiones.

Su conferencia era sobre W. S. Maughan, que, en su opinión, estaba injustamente olvidado. Su amenidad era indiscutible y una lectura en profundidad de sus obras ponía de manifiesto que era mucho menos banal de lo que ciertos críticos se habían empeñado en mantener; le fascinaban especialmente algunos relatos sobre lo que ella denominó "la venganza de los débiles", que no podían interpretarse sólo como el fruto de la observación de un hombre con experiencia, que había vivido con intensidad, "un hombre de mundo", sino también el resultado de una profunda reflexión sobre la condición humana.

- "Perdone, no sé si le estoy aburriendo".

- "En absoluto, me gustan las personas apasionadas".

- "Casi parece un reproche..."

- "Nada de eso, te lo puedo asegurar".

- "Bueno, la verdad es que usted parece un hombre bastante frío..."

Pasaron así cerca de dos horas hasta que los paneles cambiaron su mensaje: mi tren hacía su salida en 10 minutos. Ella se empeñó en acompañarme al andén. Apuramos la última copa y nos dispusimos a salir.

De camino, me dijo:

- "Le he apuntado en su móvil el teléfono de una amiga que vive en B. Espero que no le moleste. Hace poco que vive allí y apenas conoce a nadie. Se llama Beatriz".



Durante esas dos horas yo me había levantado un par de veces al lavabo y había dejado el móvil sobre la mesa.

- "No, no me molesta" -contesté algo inseguro. "¿Y el tuyo?".

- "No lo he apuntado, no merecía la pena; yo no puedo ayudarle".

- "¿Ayudarme? ¿Por qué crees que necesito ayuda?".

- "Salta a la vista".

- "¡Vaya! ¿Y crees que tu amiga podrá hacerlo?"

- " Estoy convencida. Llámela. Adiós".

Al llegar a B. fui directo al hotel. Al día siguiente tenía cita en el hospital. Enseñé las pruebas que me habían hecho hasta el momento. Los médicos las miraron con cara circunspecta. Me mandaron otras pruebas no muy distintas a las anteriores. Los resultados estarían listos en tres días.

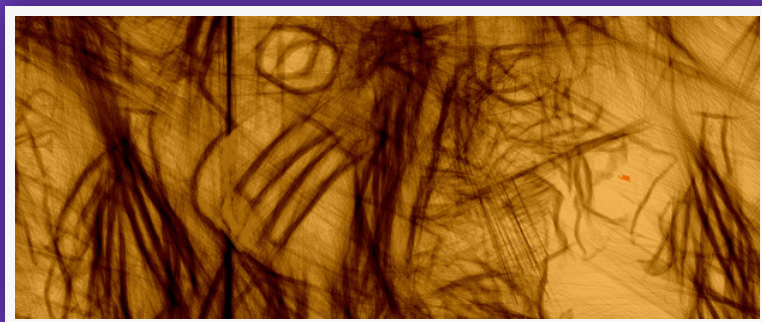
Demasiado tiempo para estar solo en una ciudad donde no conocía a nadie y nada tenía que hacer, pero poco para plantearme otro viaje de ida y vuelta. Decidí quedarme. No tenía ánimos para hacer turismo y las horas pasaban despacio.

El día antes de recoger los resultados quise llamar por teléfono a mi hermana Bea. En la agenda de mi móvil, justo detrás del suyo, me encontré con el teléfono de Beatriz. La llamé, no tenía nada que perder. Me presenté como amigo de Elena (así se llamaba la chica de la estación). Me contestó que no conocía a ninguna Elena, pero que estaba libre esa tarde y se lo tomaría como una cita a ciegas.

Era joven, como Elena, y resultó tan simpática como ella, con la ventaja de que no me hablaba de usted. En algún momento le pregunté de nuevo por su supuesta amiga. Insistió en que no conocía a nadie con ese nombre. Pensé que quizá la chica de la estación me había dado un nombre falso – aunque no acertaba a imaginar por qué- y le hice una descripción lo más detallada posible, pero me repitió que no la conocía de nada. Le pregunté cómo era posible entonces que me hubiera dado su teléfono y me hubiera contado que era nueva en la ciudad, un dato que la propia Beatriz me acababa de confirmar. No tenía respuesta para eso y su cara denotaba que mi insistencia estaba a punto de echar a perder la velada. Cambié de tema. Hablamos del mar y de literatura, de los viejos puertos de pescadores, con sus barcas pintadas de vivos colores... En algún momento me preguntó qué hacía yo en la ciudad. Improvisé algo sobre unas supuestas gestiones relacionadas con un negocio imaginario. Me miró fijamente y, con una sonrisa, me dijo que estaba mintiendo. Añadió que era evidente que tenía algún problema y que ése era el motivo de mi viaje.

Me quedé sorprendido. Mi enfermedad no mostraba signos externos y mi estado de ánimo, gracias precisamente a su simpatía, era inmejorable. (continuará en el siguiente número)

Mustio Collado





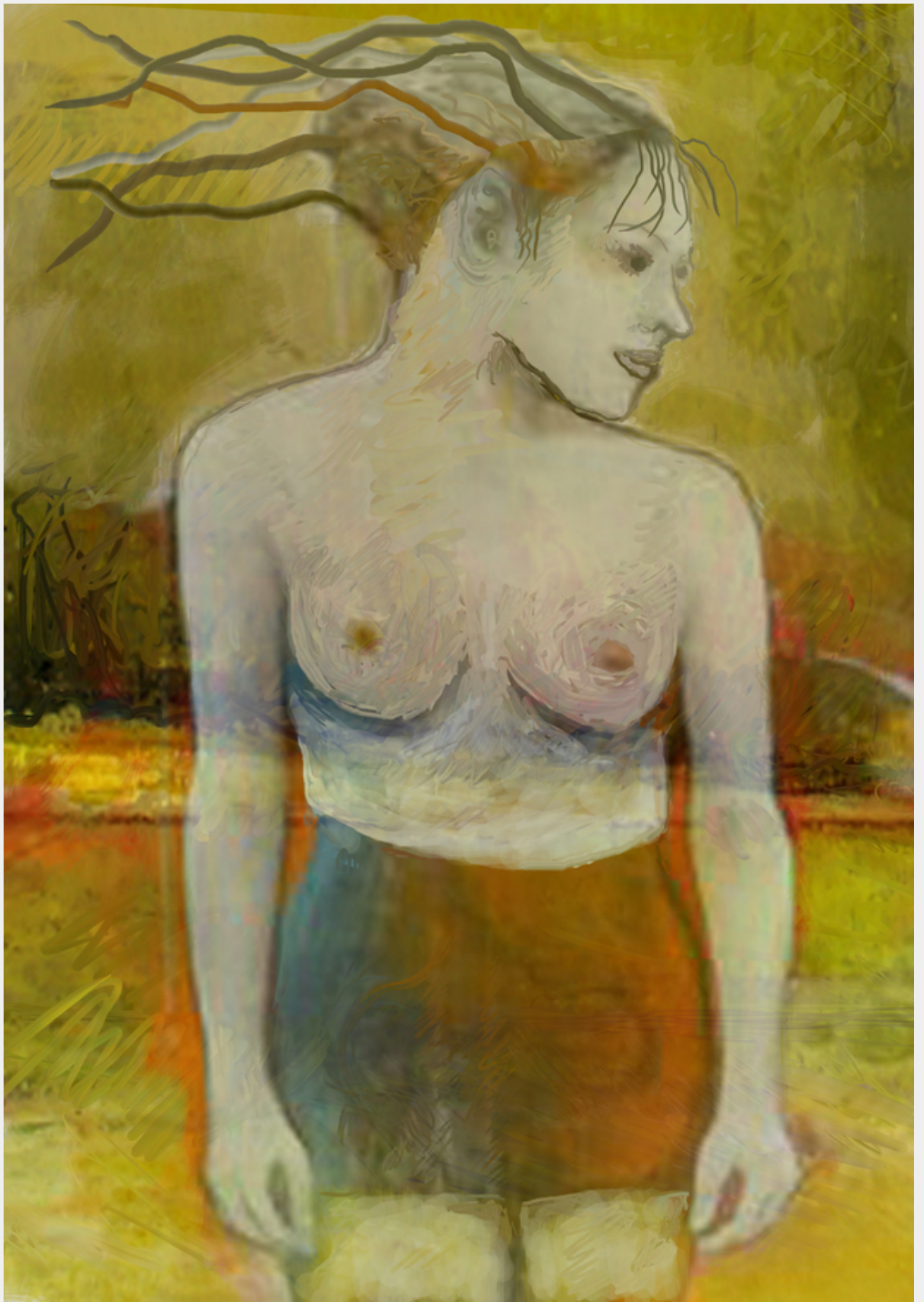
Las paradas del autobús cambiaban de sitio
según nos movíamos.
Me senté agotado,
incapaz de sentir nostalgia de ningún futuro.
Me eché la mano al bolsillo.
Saqué una moneda.
Miré la inútil cara del monarca.
La puse como testigo y escuché una carcajada.
No entendía nada.
Todo era absurdo.
Regresé al pasado
viajando hacia algún sueño
con la secreta esperanza
de hallar el rastro de otro futuro
donde se volviera a escuchar el canto de los pájaros,
donde se los volviera a ver sobre las ramas
de unos árboles que hubiesen recuperado su dignidad
colocando de nuevo al sol en el paisaje.

JARomán



Sombras chinescas

Desde que llegaron los nuevos vecinos, me paso el día corriendo como si pudiera adelantar la hora de sentarme delante de su ventana. Allí están, como cada atardecer. Nuestra calle no tiene farolas y por eso la luz cálida de su habitación resalta provocadora en la noche. Detrás de los estores blancos se ven sus siluetas negras bajo una luz cenital. Como en los teatrillos de las sombras chinas. A ella no la hemos visto aún por la urbanización, pero sí a él. Un hombre elegante, bien vestido y que nos saluda con un "buenos días" que le delatan. Sí, claro, buenos días después de una noche de sexo a todo trapo. No es de buen vecino regodearse ante nuestras narices, pero lo sigue haciendo. Noche tras noche ¡Que yo ya me siento hasta con fiebre! No hay derecho, no hay moral que lo soporte. Ahí se exponen, ella estática, desnuda y dejándose hacer. Es perfecta. Con nalgas redondas y carnosas y una cintura fina. El cuello es largo, y cuando él lo rodea con las dos manos, siento que me erizo. Seguramente también su piel se le pone de gallina. Aunque, por raro que parezca, no se mueve. ¿Por qué ella nunca se mueve?...será algo convenido. Por cierto, creo que juegan con agujas, deben de ser el típico sádico y la masoquista pasiva. Sí, sí, eso es, porque a veces le pincha en las axilas, y luego acerca su boca un instante, creo que a pellizcarlo con los dientes ese cuello que me trae loca. Y no solo el cuello, porque después sigue por los pechos. Son duros y empinados. Hay que ver con qué parsimonia se dedica a recorrer cada palmo de esos pechos. Diríase que le está tomando la medida. Sí, quiere darle todo el tiempo del mundo para que cuando llegue más abajo, ya no pueda aguantarse más. Qué hombre más meticuloso y pesado. Un pamplinas que le gusta hacerse de rogar. A mí me llega a poner nerviosa, porque una pierde la concentración. Que si ahora los hombros, que si luego la espalda... Hoy, sin ir más lejos, creo que la tenía colgada de los brazos; ella seguía sin moverse, porque, claro, cómo va a resistir en esa posición. Los brazos se cansan. Así estaba, ella con los brazos levantados, colgada, sí, sí... y con la cabeza un poco hacia atrás. De placer. Seguro. Él una y otra vez,



pinchándole en las axilas y rozándole, como quien no quiere la cosa, por aquí y por allá. Luego, cuando yo ya estaba que no podía más, se ha puesto de rodillas y le ha ido pasando las manos despacio por la cintura, muy despacio, infinitas veces. Se pasa de la raya, que una no es de hielo, oye... Cuando ya se acercaba a los muslos, el perverso, va y apaga la luz. Así una noche y otra más. Que esto no hay quien lo aguante, por dios.

Los vecinos estábamos escandalizados. Y es que hay más de uno que se quedaba en penumbra, como yo, viéndolas venir. Pero él no parecía darse por aludido. Seguía saludando como si nada, con esos buenos días altaneros que parecen decir ¿qué, cómo acabó la cosa anoche?...

Hoy, como decía, cuando apagó la luz, yo estaba que echaba la gota gorda y cinco minutos después llaman a la puerta. Maldita sea. No es momento de molestar. Abro y ahí estaba él, con un metro de los modistos al cuello, y a pedirme que si por favor podía tomarme ¡a mí! las medidas porque su maniquí se le había quebrado sin haber acabado de hacerle el patrón.

Me quedé con la boca abierta y solo me salió un ¿qué? parecido al hipo. Y le di un portazo en las narices. ¡Que esto no se le hace a una vecina, hombre!

Julia Guzmán



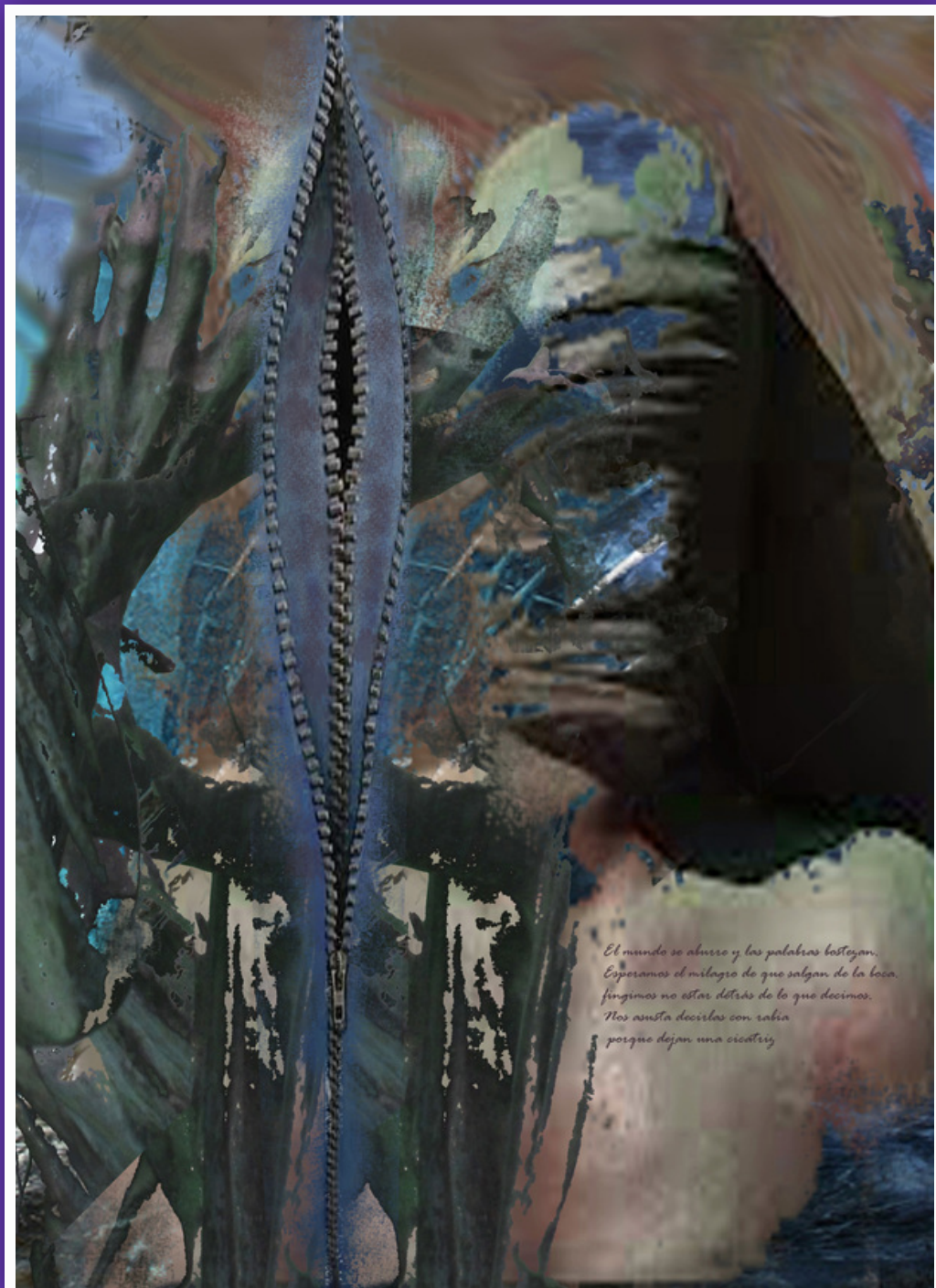
Se vende

Perfectamente. Es como se veía desde mi ventana aquella casa. Con su cartel amarillo en el balcón y groseras letras negras: "Se Vende" y justo debajo, dibujado, un aparato de teléfono de los antiguos con un número y un logotipo de una empresa inmobiliaria.

Tenía un especial interés para mí saber quiénes serían los futuros inquilinos de esa casa que caía justo enfrente de la mía y que llevaba tanto tiempo deshabitada. El caso es que no estaba mal; era una casa del barrio antiguo, en un tercer piso, fachada de ladrillo visto algo sucios por la contaminación, con tres ventanales con balcones que daban a la calle y por los que debido a su orientación- pensaba - debería entrar mucha luz en las horas centrales del día a pesar de la estrechez de la calle.

Sabía bien el horario que tenía la mujer de la inmobiliaria encargada de la venta y me gustaba espiar los movimientos de todos aquellos que la visitaban. La mujer no paraba de hablar, de gesticular... repetiría las cosas – suponía- como una retahíla; que si las vistas, que si la luz que entra, la calefacción de gas natural individual, los beneficios de la situación céntrica... todo eso logré adivinarlo con solo ver sus gestos al cabo de muchos días de curiosa observación. Muchos visitantes parecían hacer caso omiso a las explicaciones y daba la impresión de que algunos se fijaban más en pequeños detalles -el estado del suelo o los defectos de los paños de las ventanas- que en las explicaciones que aquella mujer no hacía más que repetir mecánicamente. Observé el comportamiento de algunas parejas poco interesadas -intuía yo- al ver el piso; tras unos minutos decían no sé qué cosas con ademanes de disculpas y se marchaban. La mujer se quedaba sola en la casa, deambulaba por ella, cerraba las ventanas y persianas, y hasta la próxima visita. Casi todos los días y a la misma hora aparecía, otra vez, repitiéndose con leves variaciones la misma historia, día tras día. Yo, desde mi mesa de estudio de opositor, seguía toda aquella rutinaria escena.

Pude, con el paso del tiempo, establecer una suerte de tipología del perfil de los visitantes; los que iban a verla sin intención de comprarla, los que al final acababan hablando con la mujer de todo menos de la casa, los que parecían mostrar un interés poco creíble



*El mundo se abre y las palabras bostezan.
Esperamos el milagro de que salgan de la boca.
fingimos no estar detrás de lo que decimos.
Nos asusta decirlos con rabia
porque dejan una cicatriz.*

haciendo preguntas que yo imaginaba difíciles de contestar y por último el de los alælados: oían el parloteo de la mujer sin inmutarse y acabarían diciendo "en unos días le daremos una contestación" o algo similar.

Lo que no podré olvidar es la última vez que vi a la mujer de la inmobiliaria enseñar la casa. Ese día la estaba mostrando a un caballero con traje y corbata de tonos oscuros, cartera de cuero colgada al hombro y ademanes pulcros y educados. Parecía escuchar con la máxima atención lo que la mujer le contaba, asintiendo levemente con la cabeza, como reafirmando cada explicación.

En un momento de la visita, y que pude ver con toda claridad, el educado caballero la cogió sorpresivamente por el cuello arrojándola violentamente al suelo de losas viejas pero bellamente decoradas. De repente se convirtió en un ser trastocado y con la cara desencajada. En un primer momento, la mujer quedó paralizada, sin reaccionar, sin mostrar resistencia. Fueron solo unos segundos, ya que al cabo de un rato comenzó a gritar algo que no logré descifrar pero que a todas luces imaginé que eran llamadas de auxilio. Al momento, esos gritos fueron acallados por una inmensa mano que le tapó la boca mientras con la otra comenzó a subirle con brusquedad el vestido verde de escote en V o cruzado-que yo suponía de seda, fresco, a tenor de la temperatura que hacía esos días-dejando entrever unos mulos tersos y la comisura de una braguitas que parecían, desde mi posición, blancas tiza.

Sí, me di cuenta, pasados esos momentos iniciales, que estaba presenciando una violación. No sabía qué hacer. Pensé en dar gritos desde mi ventana con la esperanza de que el hombre se diera cuenta de que estaba siendo observado y huyera. Se me ocurrió también coger el teléfono y llamar a la policía, pero al poco creí que mientras marcaba el número, explicaba la situación y venía una dotación el acto se consumaría de sobra. Lo que más me aterraba en ese momento es que el caballero, si es que podía seguir llamándole así, acabara matándola tras abusar salvajemente de ella, con el claro y macabro objetivo de que no le denunciara.

Daba vueltas por mi habitación, nervioso, con una angustiada sensación de impotencia y sin tener claro qué hacer. Cuando volví a asomarme por la ventana para ver cómo seguían produciéndose los acontecimientos, allí no había nadie. La escena quedó como en un silencio con acúfenos.

Pasaron días, seguramente semanas sin que apareciera nadie por la casa. Daba por hecho que la mujer habría dejado el trabajo, que habría denunciado al hombre y que no desearía volver a esa casa jamás. La policía estaría realizando su trabajo mientras yo, cobardemente, no hacía nada salvo seguir preparándome una eterna oposición, con escasas esperanzas de conseguir, al final, un trabajo seguro y con un sueldo que me permitiera vivir sin más.

Al cabo de unos días vi levantarse las persianas y abrir las ventanas de la casa. Varios pintores estaban arreglando desperfectos en las paredes y empezaban a pintarlas con colores demasiado atrevidos, pensé yo.

Pasaban los días y los pintores seguían haciendo su trabajo. Algunos días utilizaban ruidosos compresores que alteraban mi perezosa concentración. Al poco aparecieron varias señoras de la limpieza que se esmeraron en dejar todo limpio. Por último vi cómo varios operarios de una empresa de mudanzas subían un gran número de cajas y varios muebles pesados gracias a un curioso mecanismo, mitad grúa mitad escalera mecánica, hasta los ventanales de ese tercer piso. Parecían muebles de diseño. Finalmente colocaron unas cortinas con estampados en tonos cálidos en los ventanales que me impidieron, desde ese momento, poder ver el interior de la casa.

Aquella mañana de domingo, mientras seguía con mi monótono estudio, vi cómo se abría una de las ventanas de la casa. Al balcón se asomó, recién levantada, la mujer de la inmobiliaria con un camisón negro -que intuí de seda-, dándole el sol de mediodía en su cara en la que se esbozaba un sonrisa. Tras ella, envolviéndola cariñosamente con sus brazos, el hombre de traje y maletín de cuero.

L. Alfonso Cruz

Fuentegrande. Verano 19

Al gato le gusta la horchata, lame y relame el platito donde le pongo un poco del vaso que me he servido. Después, cerca de mí, sobre la mesa en la que escribo mientras escucho música, se tumba buscando el frescor que esconde el granito que permanece a la sombra.

Si pasa rozándome levemente el pantalón y se dirige con su silencioso paso hacia donde le ponemos la comida es que quiere comer, así de simple, así de escueto. Me fascina que la comunicación con tan pocos elementos, sea tan eficaz, cuando disponiendo de ingentes cantidades de medios, a veces, es tremendamente difícil. Sin duda se requiere una actitud abierta y receptiva, tanto del que emite, del que solicita, como del que recibe, como del que da, aunque no sea siempre pedir y dar lo que se comunica.

Caminos de ida y vuelta, circulares, cuesta arriba, casi ocultos, quebrados, cortados, aunque tal vez no hay caminos cortados, si no que nos obligan a buscar por donde continúan para llegar a nuestro destino, si hemos decidido que lo tenemos.

Victor Galán



Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo:

tertuliam2020@gmail.com



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad, ni se financia mediante publicidad